

UNA DIPLOMACIA DE LA RAZON DE EUROPA: LA DIPLOMACIA AUSTRIACA

INTRODUCCIÓN

¿Qué sentido tiene hablar de diplomacia en 1962? ¿Interesa la diplomacia como instrumento de la política internacional? ¿Le queda aún a la diplomacia un futuro?

A fin de poder dar una respuesta adecuada a estas preguntas conviene volverse hacia atrás, hacia el pasado, hacia ese pasado tan inmediato que es el siglo XIX y que, sin embargo, parece tan remoto.

Hablar de la diplomacia austríaca por muy reciente que sea equivale, en verdad, a remontarse a los orígenes mismos de la concepción política específicamente europea. De aquí el interés de consagrar algunos instantes a esta cuestión que a primera vista parece demodada e, incluso, absoluta. En realidad podría pensarse que se trata de un preciosismo de tipo profesional: diplomacia de profesores para profesores de diplomacia. Hay que reconocer que la tentación —como suele ocurrir con todas las tentaciones, y de aquí su peligro— era, en verdad irresistible. Para un diplomático el hablar acerca de la diplomacia austríaca viene a ser lo que para un pintor Velázquez, Rembrandt, para un arquitecto el tema del Partenon, para un músico una sinfonía de Brahms. Tendría que haberme tapado los oídos y amarrado a un mástil como Ulises, para no oír semejante canto de sirena, porque como todo canto de sirena, tiene su encanto y, también, su encantamiento, que es, casi, como decir embaucamiento, alucinación.

Bien entendido que un ensayo, si quiere ser realmente positivo, esto es, aportar algo a quienes lo leen y también a quien lo escribe, no puede ser nunca un placer, puesto que nada se crea, se pare, sin dolor. En este sentido el autor no participa de la autorizada opinión de Jean Cocteau, de que el Creador nunca debe dejar transparentar el esfuerzo de la creación, porque ello, dice, sería incurrir en *une manque de styl*.

Por haber nacido de la lucha contra la tentación del encanto y la facilidad,

la criatura que hoy se les presenta no será un producto estilizado, grato, sino más bien atormentado y áspero, llevando en sí las trazas del penoso esfuerzo de creación. Su paradigma no sería el de esos ríos europeos que discurren serenos y seguros por su cauce, sino esos ríos atormentados de la tierra española, a través de cuyas rocas se abren paso difícil, tortuosamente.

Conviene, pues, que desde ahora estén los lectores advertidos: no escribamos para divertirlos, despreocuparlos, sino para preocuparlos. No esperen un viaje a Cythera, agradable, atractivo pero en superficie, sino un viaje de profundidad, aunque sea *ad infernos*. No se trata de hacer la sólita historia diplomática al estilo francés, concebida como una relación de sucesos triviales, o todo lo más, como una psicología biográfica de grandes personajes. El material, en el caso austríaco, no faltaría ciertamente; la Hofburg, con sus archiduquesas, los palacios del rococó, el Danubio Azul, Metternich, con su corte de amantes, etc. En fin, el consabido cromo.

Pero no somos niños, sino adultos, y lo que nos corresponde es una pintura mucho más dramatizada. Se trata de captar nada menos que la esencia de Austria a través de su diplomacia, concebida como la clave de su personalidad, y esto nos ha de llevar a plantearnos el problema de Alemania y, por ende, el de Europa entera y, en definitiva, el del universo mundo.

Quiere decirse que el viaje no es de evasión, de escapismo, sino de introspección; no de ida, sino de vuelta, y con ello no habrá de ser nostálgico del pasado, sino, sobre todo, afirmativo, constructivo para el futuro.

Los riesgos de semejante viaje, son evidentes; para no hablar más que de los que afectan al escritor debemos aludir a dos muy importantes.

Por un lado, es más que dudoso que el profesional sea el más autorizado para hablar de su profesión, de especular acerca de su quehacer. La reflexión es siempre azarosa, nunca sabemos adonde nos va a llevar. Uno de los europeos más reflexivos y evanescentes, Paul Valéry, decía: «L'analyse voulue mene a la réflexion, qui mene a la doute, qui ne mene a rien.» Si esto es cierto, tanto más lo será si la meditación se dirige a la propia actividad. Para que el quehacer resulte verdaderamente espontáneo y eficaz es posiblemente necesario que sea más instintivo que especulativo. El montar en bicicleta, y hasta el simple andar, se nos convertiría en un auténtico problema apenas comenzásemos a descomponer sus diversos momentos y posturas. Con razón decía Goethe: «Quien actúa nunca tiene conciencia».

Por otro lado, la idea de la austríaca, como la diplomacia perfecta, es demasiado bella y fácil para ser verdad, y en este sentido debo cantar el *mea culpa* de haber contribuido, con el título mismo del ensayo, a esa operación de encantamiento a la que hacía antes referencia. Una diplomacia de la razón de Europa es un título equívoco porque parece oponerse a la razón.

de Estado, lo cual, como veremos, no es cierto. Pero apresurémonos a añadir, para no provocar el desconcierto, que las apariencias, en definitiva, son ciertas, esto es, que en el caso austriaco es oro todo lo que reluce. Lo cual no impide, sin embargo, que en nuestra investigación habremos de pasar por etapas intermedias en que la duda y la perplejidad nos estarán permitidas.

Esta precaución es, sobre todo, necesaria para nosotros, españoles, que sentimos una simpatía instintiva, tradicional, por un país amigo siempre, aliado muchas veces y que en uno y otro caso ha funcionado como contrapeso a presiones más inmediatas y urgentes y no siempre amistosas.

El *aproach* a todo lo austriaco es, para un español, fácil, pues nos deslizamos como un plano inclinado. Pero esa misma facilidad entraña, como decíamos, el riesgo de quedarnos en lo meramente tópico. Por fortuna, el diplomático es, precisamente, un profesional del tópico, entendido esto no en un sentido peyorativo, como el de Marcel Proust al crear esa deliciosa caricatura que es M. de Norpois, sino afirmativo. Proust no es, por otra parte, una excepción, pues la opinión más extendida es la de que el diplomático, por astucia o por ineptia se refugia en los tópicos, en las vulgaridades, en las generalidades, por no decir en las perogrulladas. No hay inconveniente en aceptar tal acusación siempre que se interprete correctamente, es decir, teniendo en cuenta que el tópico es precisamente —y aquí incurrimos ya en perogrullada— lo contrario de lo utópico, es decir, de lo irreal, de lo mítico. Así concebido, el diplomático es, efectivamente, hombre de tópicos, en cuanto es hombre de realidades y lugares concretos; se mueve con perfecta naturalidad entre los lugares, y más si son comunes, esto es, generales. El lugar propio del diplomático es un lugar común abierto, universal, ya que necesita todo lo contrario de una utopía, a saber, un ámbito muy concreto y concurrido. Debe apoyar lo pies en esa tierra que es el polo opuesto de un *no man s'land*, pues ha de ser tierra de todos, bien mostrenco. Todo lo que es vaporoso, fantástico, idealista, irreal, le es ajeno, puesto que en su modo de actuar ha de atenerse precisamente a la fórmula *hic et nunc*. Es esto y no otra cosa, ¡no nos hagamos ilusiones!, lo que buscan los pueblos, las gentes, en política, pues por instinto, desconfían de lo movedido, de lo flúido, de lo novedoso. Un tópico es, fundamentalmente, un lugar de encuentro, de reunión, y de aquí su importancia para la diplomacia que no es otra cosa sino un arte del encuentro, del contacto.

Pues bien, todo país, máxime si tiene una gran personalidad y una vieja tradición, arrastra como una sombra inseparable y no siempre buena, su correspondiente estereotipo, clisé, tópico. Hay países que la tienen, incluso, por partida doble, así por ejemplo, España, sufre, por una parte, de una Leyenda Negra: expulsión de los moriscos y judíos, exterminación y explotación de

los aborígenes americanos, autos de fe, el Duque de Alba, el Príncipe Don Carlos, la Semana Trágica, etc.; de la misma manera que, por otra parte, se beneficia también de una leyenda áurea: los descubrimientos, Santa Teresa y San Juan, el Hidalgo, el Torero, etc.

Pero España es, típicamente, un país de luz y de sombra o, según dijo Hegel, de luz y melancolía, mientras Austria está toda ella iluminada por una luz dorada que apenas deja alguna que otra arista en la penumbra. Salvo, en efecto, alguna fugaz nota crítica nacida en el momento de la exasperación nacional, con aquella de «Austria, cárcel de los pueblos» todo le es favorable, armónico, grato. Los tópicos que, en este sentido, se podría citar son inacabables: «Austria felix», «bella gerant alia, tu Austria nube»... Pero no sólo las expresiones sino las personalidades responden a esta misma concepción armónica: María Teresa la Emperatriz, madre de innumerables hijos y pueblos; Kaunitz, el hombre de la revolución diplomática; Metternich, el de la contrarrevolución diplomática..., y todos estos personajes moviéndose sobre un fondo perfectamente armonizado en oro y azul. Lo mismo que hubo la leyenda del oro español de América o el de la caballería de San Jorge británica, o actualmente el oro ruso, también existió la del oro austríaco, que no es otro, por supuesto, que el de las rubias cabelleras de las archiduquesas —suprema arma secreta de la estrategia matrimonial de los Habsburgos con el azul del Danubio—, y por si fuera poco, a fin de completar este espectáculo de luz y sonido, como música de fondo, los ritmos del vals...

Pero, sobre todo, Austria es famosa por su diplomacia, hasta el punto de que la diplomacia clásica se ha llegado a identificar, más que con el Quai d'Orsay, o el Foreign Office, con la Hofburg y la Ballhausplatz.

Procedamos, pues, a verificar lo que de cierto o falso haya en toda esta leyenda áurea austríaca, para lo cual dividiremos nuestro estudio en tres partes; a saber: la Dinastía, el Ambito Geográfico y, finalmente, la Diplomacia.

LA DINASTÍA

No se ha valorado suficientemente la contribución de las diferentes dinastías del Continente en la formación política del mismo, y muy especialmente en el difícil paso de la organización feudal al Estado moderno. El hecho de que para conseguirlo los Príncipes se apoyasen en el pueblo y en la burguesía fué decisivo para la evolución histórica, sin que tengan importancia los motivos de egoísmo dinástico, que eran los aparentemente predominantes. Por encima de las mezquindades familiares y del concepto patrimonial del Estado, no cabe duda de que en las dinastías alentaba como un instinto del bien co-

mún, de la conveniencia general, cuyos intereses servían de una manera más o menos directa y reflexiva.

Entre las dinastías europeas sobresalen notablemente la de los Borbones y la de los Habsburgo, compcniendo el verdadero cañamazo —una especie de tela de Penélope, en que el tejer superaba al destejer— para la estructura política europea. Constituyeron lo que en la moderna jerga internacionalista llamaríamos ahora los focos de una organización bipolar, tanto más importante cuanto que, subyacente a la ordenación monárquica de tipo político, operaba una infraestructura de tipo racial: los Habsburgo, en efecto, representan y simbolizan la germanidad, y los Borbones, la romanidad, la latinidad.

Lo importante, en fin, que hay que retener es que en los tiempos históricos en que los pueblos europeos no habían llegado aún a la mayoría de edad, estas Casas, estas estirpes o linajes, son una especie de tutores, o si se quiere, de diputados, que los representan. La esencia de la Monarquía es precisamente su función representativa.

La lucha secular, por lo demás, intermitente y nunca total, entre las dos grandes familias ha sido, como toda lucha, motivo y ocasión para innumerables y positivos contactos y relaciones de carácter sociológico y político, y, en definitiva, nada se entiende de nuestra historia sin conocer la de dichas Casas.

Los orígenes de los Habsburgo no son claros ni precisos, sino, como todo lo verdaderamente importante, míticos, fabulosos. De ellos podría decirse lo que Unamuno de los vascos: que no datan. Como es sabido, Carlomagno creó, como «pendant» a la hispánica, la marca oriental, es decir, el «oesterreich», y la dinastía autóctona de los Babenberg fué investida con ese marquesado desde 976, que más tarde fué ducado, pero se extinguió a fines del siglo XIII. Los Habsburgo proceden de un castillo situado en Suiza —significativamente, pues se trata del centro del Continente—, pero parece ser que su origen último es Alsacia. En realidad, todo es nebuloso, como decíamos, hasta llegar a la fuerte personalidad de Rodolfo, que alcanzó a ser Emperador de Alemania y Rey de romanos en 1273; título del que se sirvió no para reemprender los planes de los Hohenstaufen sobre Italia, sino para afirmarse como Rey de Alemania. Dato importante, porque indica que los Habsburgo no perseguían la vana quimera de la antigüedad romana, sino que con gran sentido de la realidad aspiraban a un mando político apropiado al momento histórico. Esta política le fué ásperamente reprochada por Dante, pero resultó decisiva para el porvenir de la Casa al permitirle la adquisición de Austria y Estiria, arrancados por la fuerza al Rey de Bohemia. Al adquirir estos dominios se desplazó el centro de gravedad de la Casa hacia el Danubio, a modo de punta avanzada del germanismo y del catolicismo entre eslavos, magiares y latinos. Es decir,

que desde temprano ya quedaba prefigurado lo que iba a ser la dinastía a lo largo de los siglos, esto es, como un núcleo germano dirigente a la cabeza de elementos plurinacionales, pluriconfesionales, plurilingüísticos, etc. Esta sería la misión casi universal diríamos, o por lo menos, de importancia para todo el Continente que aquí cumple Austria, es decir, la defensa de éste frente a elementos que le son periféricos o extraños, como Rusia y Turquía.

Los últimos años del XIII y primeros del XIV son de retroceso para la Casa, hostigada por la de Luxemburgo y Baviera, pero ya en 1335 compensaban la pérdida de las posesiones en Suiza y Alsacia con la adquisición, mediante matrimonio, de Carincia y Carniola. En 1437 esta tendencia hacia Oriente se acentuaba con la adquisición, también por matrimonio, de Bohemia y Hungría. Posteriormente, Alberto V fué Rey y Emperador, y desde entonces la Corona imperial se vinculó en la dinastía. Los archiduques de Austria —título que, aunque usado ya con anterioridad, se adoptó definitivamente en 1453—, en calidad de Emperadores, entran por lo que podríamos llamar la puerta grande de la historia universal europea. Maximiliano I, al casarse con la hija de los duques de Borgoña, extiende sus dominios al Rhin —se trata, pues, de una recuperación de posiciones en Occidente—, y a España, gracias al matrimonio de su hijo, Felipe el Hermoso, con Juana la Loca, y al mismo tiempo inicia la penetración en Italia al adquirir las primeras posesiones en la Península: Goricia, etc.

En el ápice del poderío de la Casa, Carlos V reunió el elemento imperial, el español y el habsburgués; pero en 1556, al dividir sus posesiones entre su hijo Felipe y su hermano Fernando, terminó este difícil equilibrio, y la rama de Viena prosiguió la tendencia orientalizante, insistiendo en sus reivindicaciones sobre Bohemia y Hungría.

Pese a la concepción patrimonial del Estado entonces predominante, el destino hacía siempre que volviesen a reunirse las posesiones de la familia, robusteciendo así su poderío.

Sin embargo, la guerra de los Treinta Años, provocada por la intransigencia religiosa de Fernando II, supuso una enorme pérdida de posiciones para Madrid y para Viena, y concretamente para ésta, la separación definitiva de Alsacia. Desde entonces se acentúa el «Drang nach Süden», la lucha contra los turcos y la conquista definitiva de Hungría. El Tratado de Utrecht aumentó las posesiones territoriales de Austria (Italia), pero no como tal Imperio. La pragmática sanción (1713) consagró el principio moderno de la indivisibilidad territorial de la monarquía frente al concepto feudal. En 1745, la Corona imperial volvió, tras breve paréntesis, a Viena, gracias a María Teresa. Esta es la verdadera fundadora de la Austria moderna como Estado fuerte, en cuanto iniciadora de un proceso en que el Imperio pierde importancia,

pasando a ser un complemento de prestigio. José II extendió esta obra de centralización iniciada por su madre en Austria a las otras posesiones de la Casa, aun a costa de desconocer sus antiguos privilegios y derechos. Leopoldo II (1790) tuvo un marcado espíritu conservador, heredado después por Metternich. Su hijo, Francisco II, sostuvo la lucha contra la revolución y Napoleón (continuadores del peligro borbónico), y en 1804 adoptó el título de Emperador de Austria, en previsión de la supresión del viejo título del Imperio Romano-Germánico, decidido por la Dieta, a instancia de Bonaparte. Comienza así el período propiamente austríaco de los Habsburgo: la identificación es ahora total y coincide con el abandono de las posesiones en el Norte (Países Bajos) y la expansión al Sur (Dalmacia, Venecia, Lombardía). A Francisco II se le ha reprochado el no haber sabido armonizar los diversos núcleos e intereses del Imperio, lo que no es justo si se tiene en cuenta la coetánea lucha contra Francia.

En 1835 comienza el largo reinado de Francisco José (sesenta y ocho años), y con él el hado desfavorable por vez primera a la Casa: decadencia física de la raza, antaño prolifera, sana y llena de vitalidad. Si durante siglos la dinastía había podido resistir tantos embates fué porque estuvo sólidamente apoyada en su base germánica, mientras que ahora esta base se hallaba quebrantada, tanto por el contraste fraternal con la Alemania prusiana como por el predominio de los elementos eslavos del Imperio sobre los propiamente germánicos.

Señalemos ahora las principales características de la actividad y el sentido político de la dinastía:

Por lo pronto hay que subrayar, como ya hemos apuntado, su voluntad de duración, de perseverancia, pues la primera virtud del político ha de ser, justamente, la de mantenerse en el Poder.

En segundo lugar, la política matrimonial, es decir, el famoso «Austria nube». Pudimos comprobar que, efectivamente, gran número de las adquisiciones se debieron a los enlaces. Esto era, ciertamente, un rasgo frecuente en aquella época y extendido a todos los países; lo específico de Austria es la frecuencia y la importancia de dicha política. Recapitulemos: el padre de Rodolfo I, que no tenía fortuna, adquirió por su matrimonio Suabia, tierra en sí misma rica, pero que, sobre todo, sirvió para la elevación de Rodolfo al cetro imperial, la victoria sobre Bohemia y la adquisición de Austria. Matrimonio igualmente afortunado fué el del Príncipe Alberto, que al casarse con la hija de Segismundo de Luxemburgo, Emperador de Alemania, heredó este título, recuperándolo así para los Habsburgo. Otros matrimonios decisivos: el de Maximiliano con María, hija de Carlos de Borgoña, con lo que adquirió ese ducado, Flandes y los derechos sobre Saboya; el bien conocido de Felipe el Hermoso con Juana; el de María Teresa con Francisco de Lorena, que apor-

tó sangre nueva y vigorosa: dieciséis hijos; su hijo Leopoldo, otros dieciséis, y su nieto, Francisco II, diez. Si se compara esta fertilidad con la parquedad de la rama española o de los mismos Borbones, se comprende que Masson haya podido decir que María Teresa «no sólo disuelve la alianza borbónica, sino que la vuelve en su propio provecho: le basta con colocar a sus hijas en Nápoles, Parma y Versalles».

Esta vitalidad se relaciona con otro rasgo importante, al cual hemos aludido; a saber: el del «populismo» de la dinastía, su sentido o instinto popular, campesino, etc., en cuya virtud pueblo y Monarca se sentían perfectamente identificados. Este contacto con la tierra, este sentimiento telúrico de la política proporcionaba como un sexto sentido a la Monarquía. Así, se explica que José II el Ilustrado, aunque más inteligente que María Teresa y que Francisco II, careció del sentido de la limitación, de la proporción, e impuso una excesiva centralización, una austrificación, diríamos, teniendo su sucesor Leopoldo que dar marcha atrás y devolver sus derechos a los países. Es éste un error de cálculo, que María Teresa nunca hubiese cometido, pues consideró siempre el reparto de Polonia como algo desgraciado que «lanza una sombra sobre todo mi reinado».

Junto a ese sentido de la limitación, relacionado más o menos reflexivamente con la idea del equilibrio europeo, hay que señalar un elemento que es el del sacrificio de los intereses dinásticos al superior servicio de la Patria, y que se revela excelsamente en el episodio del enlace de María Luisa con Napoleón. Aquí la política matrimonial llega a la inmólación. Es algo que lady Castleragh supo calificar romántica, pero clarívidentemente, de «entrega de una virgen de Austria al minotauro para saciarle». Aunque la idea es debida personalmente a Metternich, no cabe quitar mérito a los Habsburgo de haber accedido al sacrificio de Ifigenia, ya que los Romanoff, por comparación unos advenedizos, se negaron a entregar a la Gran Duquesa Ana. Metternich estaba convencido de que María Luisa podría prestar «a sí misma y a Europa entera los más grandes servicios», y ciertamente que llevó a cabo por lo menos estos últimos, ya que la alianza con Napoleón impidió probablemente la destrucción de Austria, permitiendo que fuese en 1813 el árbitro de la situación.

Habsburgos y Borbones

El espíritu de los Borbones se opone en muchos rasgos a los señalados en los Borbones, pues el de los primeros, por lo que se refiere a la política, representa la centralización, el absolutismo; mientras que los Habsburgo re-

presentan lo federal, el respeto e incluso diríamos la explotación de los diversos pluralismos; en cierto modo se podría hablar de un contraste entre la razón de Estado y la razón de Imperio.

Independientemente de la política hay que decir que los Borbones son, por comparación a los Habsburgo, unos advenedizos, de aparición tardía en la Historia y de desaparición precoz, pues tuvo lugar un siglo antes. En su condición de advenedizos, los Borbones se esfuerzan en conquistar las posiciones y los derechos adquiridos por los Habsburgo; concretamente, de romper lo que Richelieu llamaba «Le chapelet d'Espagne»: Valtelina, Francocondado, Palatinado, Países Bajos. La obra de Richelieu fué proseguida por Mazarino, quien en Westfalia consiguió la definitiva separación entre las dos ramas de la Casa austríaca. Tal como ha señalado Fritz Dickmann en su gran obra sobre el Congreso de Westfalia, la política del cardenal se encaminó por una doble vía: 1.ª Por una parte, enfrentando a las representaciones estamentales con el Emperador; en efecto, mientras éste no deseaba que participasen en las negociaciones de paz, sino los Príncipes del Imperio, Francia insistió en que también participasen los estamentos burgueses, con lo cual pasaba como protectora de libertades alemanas. En esta misma línea fué Mazarino quien —según han demostrado las investigaciones de Julia Gauss— empujó al burgomaestre de Basilea a romper el lazo federal con el Reich, utilizando como instrumento el nuevo concepto de soberanía. 2.ª Por otra parte, Francia —y también Suecia— se reservaron, en cuanto garantes de la paz, el derecho a intervenir en el ulterior proceso político del Imperio. Que esta cláusula no era letra muerta lo demuestra el hecho de que en 1657, al morir Fernando II, después de fracasada la candidatura de Luis XIV, consiguió Francia introducir en las capitulaciones de la elección del nuevo Emperador determinadas ventajas; así, por ejemplo, la promesa del Imperio de no interferir en la lucha franco española, con lo que Leopoldo estaba prácticamente eliminado de la Europa occidental. Un año más tarde, Mazarino, al constituir la Liga del Rin con una serie de Príncipes alemanes, entre los cuales los tres eclesiásticos, consiguió la definitiva hegemonía francesa —todo lo que puede serlo en política, es decir, provisionalmente definitiva— al forzar al joven Luis XIV a casarse con María Teresa de España.

Habsburgos y Hohenzollern

Esta cuestión habrá oportunidad de profundizarla al estudiar la gran polémica que tiene lugar desde mediados del XIX. Digamos aquí ahora que mientras los Habsburgo en todo momento amoldan el Poder, la fuerza, a

las normas, para los prusianos, siguiendo el ilustre ejemplo de Federico II, sólo vale la exigencia del momento. Así, para los primeros la guerra es un arte, dentro de la tradición y el equilibrio; mientras para los segundos se trata de una empresa de ataque contra un enemigo al que hay que eliminar. La gran tragedia de la comunidad de pueblos germánicos fué no superar armónicamente el contraste Viena-Berlín, como pudo hacerse de haberse seguido la tradicional política de mesura de los Habsburgo, y en última instancia, de Metternich, imitado —justo es decirlo— por Bismarck. Esta línea inteligente y equilibrada se interrumpe después de la caída de Metternich en Viena y del Canciller de Hierro en Berlín.

Los Habsburgo y España

Las relaciones entre las dos ramas son altamente significativas para captar, a su vez, las que existen entre la dinastía y sus pueblos respectivos. No cabe duda de que el genio de la raza, en cada caso, imprimió su fuerte personalidad a los Monarcas de Viena y de Madrid, respectivamente. En el primer caso el estilo fué el de la tolerancia, el de la flexibilidad, el de la diplomacia, mientras en el segundo lo fué el de la intransigencia, del absolutismo, de la guerra. La desunión comenzó cuando aún subsistía la plena unión, es decir, al final del reinado de Carlos V, pues, como es sabido, por parte española se postuló la candidatura de Felipe II a Emperador. El enfriamiento familiar duró aproximadamente hasta 1617, en que prometimos nuestro apoyo a Fernando de Estiria para ser Emperador (Fernando II), y así, en 1620 la colaboración es ya total. Iniciada la guerra de los Treinta Años, aplastamos casi seguidamente la rebelión de Wallenstein y la resistencia suecoprotestante en Nordlingen. No cabe duda que entramos en la guerra por proteger la religión y defender a los alemanes católicos frente a los protestantes, ayudados por Suecia. En este sentido es ilustrativa la carta de Felipe IV a Urbano VIII «sobre los peligros de nuestra sagrada religión en Alemania...; antes que llegue a padecer esa Santa Sede han de correr ríos de sangre de mis vasallos, mi casa, mis tíos, mis hermanos, la mía propia». Parece que el Papa, como alguna vez ha ocurrido, era menos papista que los españoles, y consideraba providencial la intervención del Rey de Suecia... Lo que hay que retener aquí es que, por parte de España, la motivación para la Alianza era más religiosa que dinástica; lo contrario que por parte de Viena, cuyo Imperio no en balde era pluriconfesional. No se olvide tampoco el dato de que antes de la contrarreforma, llevada a cabo con gran eficacia, por los jesuitas, solamente un 20 por 100 de la misma Austria había permanecido católico.

La Alianza dinástica empezó a resquebrajarse con los persistentes éxitos franceses, y, justo es decirlo, la ruina que asolaba a todo el Imperio. Se comprende así que no sólo los Príncipes, sino el católico duque de Baviera y el propio Emperador empiezan a flaquear al final de la contienda, anunciando ya el abandono en que nos dejarían en Westfalia frente a Francia. Según repite constantemente S. Fajardo, los alemanes no agradecen nuestros sacrificios...

* * *

Para terminar esta semblanza de los Habsburgo hay que añadir que Austria era un Estado dinástico más entre los diversos Estados dinásticos alemanes (bávaros, luxemburgueses, Hohenstaufen), pero que sobresalió sobre el resto gracias, como hemos visto, a su superior táctica política. Por este lado, fué, pues, la Casa hegemónica alemana ya desde la baja Edad Media, pero, por otro, a partir de la Reforma, por ser demasiado católica, no pudo ostentar la representación de toda Alemania, de la cual, además, se alejaba geográficamente al irse corriendo cada vez más hacia el Este (Italia, eslavos). Quiere decirse que al dejar de ser el elemento alemán y el religioso —católico— la base de sustentación, lo fué cada vez más el elemento dinástico, familiar, y en este sentido es plenamente justificado afirmar que Austria es una creación de los Habsburgo.

EL ÁMBITO GEOPOLÍTICO

Aunque la geopolítica ha estado en descrédito desde su mismo nacimiento hasta su muerte —pues puede decirse que murió con sus principales mantenedores, la familia Haushofer—, el término es altamente ilustrativo de la conexión entre política y geografía.

La verdad es que ni la dinastía ni la diplomacia austríaca habrían alcanzado estos éxitos, ni habrían tenido el estilo que les ha hecho famosas, a no ser por haber operado precisamente en este espacio geográfico determinado. Aunque se trata, en realidad, de un ámbito más bien indeterminado, caracterizado por su fluctuación e imprecisión, es decir, que no sólo varían sus fronteras, sino también sus centros, sus focos de irradiación y de influencia. Desde Alsacia hasta Polonia y el corazón de los Balcanes han llegado sus fronteras, aunque de una manera intermitente, y sus centros han sido tan variados y dispersos como Bruselas, Milán, Trieste y Cracovia, por más que el corazón, desde la Edad Moderna, haya latido desde Viena. Esto se debe, claro es, a que su base geográfica es Europa Central, y en parte, Europa del

Sudeste, es decir, un espacio sumamente impreciso, salvo por lo que respecta a la frontera natural del arco alpino.

España, Francia, Italia, y no digamos Gran Bretaña, son países perfectamente definidos en el espacio, pero Alemania, Austria, no. Ello, por un lado, es un factor positivo, pues deja abierta todas las posibilidades, todas las ambiciones; pero, por otro, es un factor negativo, pues su diplomacia, al no tener fronteras, carece de sosiego, y en cierto modo, de «ratio»; está sometida a un «perpetuum mobile»; nunca podrá decir: «Hemos llegado al Rhin», como los franceses, o «Italia e fatta», o conseguir una reconquista como la española. Austria siempre ha estado «in faciendum», y esta forma de ser, que no es la del Estado, la del «status», sino la del devenir, del «Werden», sí que es típicamente germana.

Geopolíticamente hablando, se trata de una región eminentemente continental, alejada del mar más que ninguna otra de Europa. Es, pues, un espacio amplio, vasto, pero en cierto modo cerrado, sin proyección universal, oceánica. No tiene ni siquiera la expansión oriental, el «Drang nach Osten» que tiene Prusia, pues ya sabemos que los Habsburgo, fieles a la idea del equilibrio, nunca desearon la total eliminación del Imperio turco.

Teniendo todo esto en cuenta, se comprende la dificultad de elaborar un concepto claro de esta región política. A la confusión geográfica se une, en efecto, la política, debido a la unión de los tres elementos: el austríaco, el imperial y el germánico. La gran empresa exterior de Austria, «pendant» de la española frente al árabe, como marca, la llevada a cabo contra los turcos, es demasiado efímera y superficial para conferir a su diplomacia una misión y un rango verdaderamente universales.

El único concepto válido elaborado ha sido el de Europa Central, el de «Mitteleuropa», como expresión de todo este espacio. Se trata de un concepto político y no geográfico —como reacción contra un peligro común y con vistas a un destino también común—, cuyo precursor fué Metternich al defender los valores tradicionales frente a la doble amenaza de la democracia occidental y el absolutismo ruso: lo que se trata de defender, en definitiva, es esa «Europe du milieu».

Lo curioso es que fueron los propios eslavos quienes crearon la teoría del austroeslavismo, basada en el principio de que «si Austria no existiese, habría que inventarla». Esto quiere decir que por lo menos hasta 1914 la idea de «Mitteleuropa» no era esencialmente germánica y, en realidad, lo que separó a alemanes y eslavos fué el nacionalismo excesivo de ambos.

La unidad alemana había fracasado definitivamente a causa de la disputa de Sajonia entre Viena y Berlín. Ello no fué, sin embargo, obstáculo para Metternich, quien apoyándose sobre las fuerzas particularistas se opuso al sueño de

la unificación germánica, permitiendo un particularismo corregido o compensado únicamente por la influencia predominante austríaca. Lo que Metternich postulaba en el espacio germánico era lo que hoy llamaríamos una bipolaridad en el seno de una unión —«Einigkeit»—, no de una unidad —«Einheit»—.

En cuanto al Este, Austria no se sintió llamada a una misión propiamente dicha, ni siquiera en Hungría. Efectivamente, el llamado sistema de Metternich, es decir, la idea federalista tradicionalmente representada por Austria, que había sabido conciliar la unidad —es decir, la Monarquía— y la diversidad —es decir, los pueblos—, debía proporcionar la paz a Europa Central, y, por tanto, a Europa entera, pero sin proponerse ninguna evangelización de tipo político, religioso o cultural.

Es digno de señalarse que la última elaboración del concepto de «Mitteleuropa», y quizá la más consecuente, tuvo lugar en plena guerra de 1914, a cargo de Naumann, y a la vista de las desgracias que los nacionalismos exagerados habían acarreado sobre esta parte de Europa.

DIPLOMACIA

Europa es un producto netamente diplomático, habíamos dicho, al menos, si se la concibe como un equilibrio. Aunque el eminente historiador Dehio ha caracterizado el proceso político continental como una oscilación entre los dos términos, hegemonía y equilibrio, lo cierto es que éste ha sido mucho más importante.

La expresión política de otras culturas ha sido el Imperio, mientras que lo específico de la europea es la idea del sistema de Estados, del equilibrio de fuerzas, del reparto de competencias. En un amplio sentido se puede hablar de una diplomacia del Imperio, imperialista, pero en un sentido estricto, la diplomacia exige como condición previa la existencia de un pluralismo de Estados. La verdadera diplomacia requiere, en efecto, una política de encuentro, de contactos, de relaciones entre diversos elementos, puesto que trata de lograr no una eliminación, sino una superación armónica de los contrastes.

La diplomacia austríaca, que, como vimos, es representativa de esa concepción de Europa, tuvo, para defender su existencia, que luchar sucesivamente contra los Borbones, la Revolución y Napoleón, es decir, el elemento francés, y contra la idea del Reich alemán, y de los nacionalismos, ideas ambas íntimamente mezcladas con el elemento propiamente germánico.

El ideal constante en todas las luchas mantenidas por la diplomacia austríaca fué el de una Europa equilibrada, compensada, racional.

El pensamiento romántico no ha sido nunca un pensamiento verdaderamente constructivo en política, y no hay que olvidar que la ideología reaccionaria va siempre ligada a esta clase de pensamiento... Si esto es así no hay que tener nostalgia ni de la disolución de la cristiandad —pues era la «conditio sine qua non» para el nacimiento de Europa—, ni del derrocamiento del «Ancien Régime», pues «la douceur de vivre» es algo muy bonito y agradable, pero es una especie de opio para las clases dirigentes, ya que la realidad, la verdad, es que la vida es lucha. La Europa del vals nos aburriría probablemente, y uno se atreve incluso a decir que Metternich nos resultaría un tanto cursi a los europeos que vivimos en la Europa del «rock and roll» y estamos, ¡ay!, acostumbrados al frenesí de Kruschév, al «san-façon» norteamericano, a la general falta de formalismos y convencionalismos. Una cosa se segura: para que naciese la Europa moderna la vieja tenía que morir.

La nueva criatura no era, ciertamente, perfecta, ya desde su nacimiento, y el transcurrir de los años tampoco la mejoró. Difícilmente podía ser de otro modo: el nuevo orbe político se configura por obra de un Maquiavelo, que desvincula totalmente a la política, y especialmente a la internacional, de la ética y de la religión, y de un Bodino con su dogma de la soberanía. Estas innovaciones, que entonces se antojaban progresos, iban, en verdad, a ser otras tantas rémoras para la idea internacional, pues resultaría difícil conciliar la idea misma de comunidad internacional con la de un Estado no sometido a ninguna norma ética o cultural y la de una soberanía atribuida a cada uno de los Estados con carácter igualmente absoluto.

Esta íntima contradicción aparece reflejada insuperablemente en el campo de la filosofía por Hegel cuando dice: «Lo trágico de las luchas políticas es que se disputa no entre bueno y malo, entre justo e injusto, sino entre lo bueno y lo bueno, lo justo y lo justo.» En verdad, es justificada la advertencia hecha por Schiller: «Desconfiad, noble lord, que el bien del Estado no se os aparezca como lo justo», porque, en puridad, a todo gobernante no es que se le aparezca, sino que es justo todo aquello que sirve al Estado.

Sea como fuere, ante la Historia no valen lamentaciones, pues su curso es irreversible. Lo cierto es que a mediados del XVII encontramos prefigurada lo que va a ser la futura forma de vida internacional. En efecto, puede decirse que la paz de Westfalia consagra la existencia de una sociedad o asociación de naciones iguales y soberanas, fundadas en principios racionales y jurídicos, que viene a sustituir a la anterior cristiandad.

España y Austria habían luchado, como es notorio, por la cristiandad, es decir, por la idea de comunidad europea. A partir de Westfalia, sus caminos se bifurcaron, de acuerdo con su respectiva idiosincrasia nacional, según hemos señalado anteriormente. España siguió fiel a sí misma, mientras Austria,

más realista, acentuando una tendencia innata, cambió de ideal y de táctica, constituyéndose desde entonces en el más auténtico defensor del principio del equilibrio.

Ello le movió a oponerse, primero, a las pretensiones de hegemonía de los Borbones, de la Revolución y de Napoleón, y después, a las de Prusia en el seno de la gran unidad germánica, no menos que a oponerse en sentido contrario —pero siempre defendiendo el mismo ideal de la unidad en la diversidad— a los particularismos y nacionalismos.

La lucha contra los Borbones se caracteriza por su falta de verdadero espíritu de beligerancia, y la prueba es que apenas pasados los ímpetus hegemónicos de Luis XIV, María Teresa y su canciller Kaunitz, llevan a cabo ese *capolavoro* que se ha llamado *le reversement des alliances*. La nueva unión representaba, para cada una de las partes, algo muy diferente: «Versalles deseaba la paz en el continente a fin de dedicarse a la contienda colonial con Gran Bretaña, mientras que Viena buscaba, sobre todo, el recuperar Silesia de Prusia, para conservar el antiguo equilibrio, en Alemania, y, por consiguiente, en Europa. Como suele ocurrir, el Tratado tuvo consecuencias inesperadas. Podría afirmarse que precipitó la Revolución francesa al enemistar a la dinastía a la vez con la *intelligentsia* —amiga de Federico de Prusia— y con el pueblo —enemigo de *L'autrichienne*—. A Federico el Grande, en cambio, contra quien estaba dirigido, no llegó a perjudicarlo, gracias a la muerte de la zarina Isabel que le permitió terminar favorablemente la Guerra de los Siete Años.

Ahora bien, el hado, la fortuna —que tan pródiga se mostró con Federico, como él mismo reconoce— es un elemento irracional, inconmensurable que no podía entrar por ello mismo en los cálculos racionales de la diplomacia clásica. ¿Cómo, en efecto, podrían dirigir los gobernantes el destino de los pueblos y el curso de la Historia si no son capaces de hacerlo con su propio destino ni con el curso de su vida individual?, como dice Goethe: «Cree el hombre dirigir su vida y a sí mismo cuando, en realidad, lo más íntimo de su ser es arrastrado irresistiblemente por el destino.»

Se ha dicho que la revolución diplomática provocó o puso de relieve la separación y aun oposición entre Europa Occidental y Oriental. El hecho de que las grandes potencias ultramarinas, coloniales, pudiesen elegir indistintamente como aliados entre los diversos países de Europa Central y Oriental, comprueba hasta qué punto los intereses estaban contrapuestos. La realidad es que Austria tenía una política estrictamente, y si se quiere matizar el vocablo, estrechamente continental, mientras que Gran Bretaña, Francia y también España, seguían una política ultramarina, universal.

El mejor efecto que tuvo el cambio de las alianzas en 1756, fué quitar

importancia al problema del espacio Centro-Europeo, despolitizarlo, dejándolo en un período de quietud gracias a la mutua anulación de Austria y Prusia y del desinteresamiento de Francia, sólo turbado por la pujanza rusa. En cuanto al otro poder ascendente, Gran Bretaña, por más que el viejo Pitt dijo que «Canadá se conquistaría en Europa», lo cierto es que se siente vecina de, pero no en, Europa. Así, en estos años moribundos del *Ancien Régime* se desentiende de los movimientos en el ámbito europeo mientras no pongan en peligro el equilibrio.

No puede, pues, negarse que la iniciativa genial de Kaunitz, conseguida también a fuerza de paciencia, proporcionó la paz en el Continente hasta la Revolución francesa.

Como es sabido, ésta, pese a su idealismo humanitario y pacifista, desencadenó una serie de guerras que se continuaron con Napoleón Bonaparte, quien descaradamente y con más energía que ningún otro gobernante francés, aspiraba a la hegemonía. Rhoden ha puesto de relieve cómo frente a la nueva tentativa imperialista se coaligaron las dinastías y, sobre todo, los diplomáticos profesionales, que por entonces constituían una verdadera casta internacional y aristocrática.

Esta lucha estuvo representada en la persona de Metternich el gran y digno adversario de Napoleón de quien, sin embargo, no deseó la caída final. Ello no por meros intereses de la dinastía austríaca, sino en el interés supremo del equilibrio continental. No tiene, pues, razón De Maistre cuando decía: «Austria, que ha entregado una Princesa suya, ahora que ya ha apurado la vergüenza hasta las heces, quisiera mantener esa sangre mixta en el Trono». Semejante motivación sanguínea no cuadra para nada con la mente racionalista de Metternich, de quien se puede decir que era legitimista, pero no tanto...

Si había luchado contra Napoleón no era porque le considerase la bestia del apocalipsis —como el Zar—, sino en cuanto perturbaba el equilibrio europeo. Sólo en marzo de 1814, ante la intransigencia de Napoleón, se decidió a apoyar a los Borbones.

Esta misma política de cálculo, de medida, de equilibrio, la mantiene Metternich en el Congreso de Viena, y posteriormente a través de la Santa Alianza, de la cual elimina toda motivación mística, romántica. El sistema de los congresos, o del concierto europeo, tan denigrado durante todo un siglo, está siendo revalorado después de las últimas guerras europeas. Muy recientemente un observador poco sospechoso, como el prestigioso senador norteamericano Fullbright, en un artículo en la revista *Foreign Affair*, reconocía las virtudes de este viejo sistema.

Si éste merece elogios es porque responde a una idea del equilibrio no meramente mecánica sino ética, en cuya virtud propende, como por un plano

inclinado, hacia una organización más evolucionada, de tipo supranacional, como la S. D. N., o la O. N. U. Lo que impidió al sistema de los congresos, inspirado en la vieja tradición austríaca de la medida, de la compostura, del mutuo respeto, fué la lucha por la hegemonía en el ámbito de la comunidad germánica, y el desencadenamiento de los nacionalismos europeos en general.

Esto merece examen especial.

LA FAMILIA GERMÁNICA

Hemos visto cómo la Guerra de los Treinta Años reafirmó la independencia de los Príncipes frente al Emperador, favoreciendo, en último término, el desarrollo de Prusia. Por el contrario, la Revolución y Napoleón disminuyeron la importancia de Berlín y también de Viena, aumentando, en cambio, la de la parte occidental de Alemania —Confederación del Rin—.

De este modo al término de la aventura napoleónica, están en actividad en Alemania tres focos de acción y de tradición política:

1.º La Liga de Estados intermedios, del Rin, tradicionalmente influidos por Francia.

2.º *Austria*, es decir, el núcleo político de origen alemán, pero que por el carácter supranacional de su dinastía, por la mayoría no alemana de sus pueblos, no puede aspirar a identificarse con la nación alemana.

3.º *Prusia*, la cual existe gracias a la fuerte personalidad de Federico II, inspirada en la razón de Estado. Ahora bien, al lógico y legítimo deseo de hacer de la Alemania prusianizada un Estado nacional, como el resto de los europeos, se oponía.

La propia tradición alemana, es decir, su tendencia a lo universal, su herencia imperial. No nos engañemos, pues aquí hay que dar la razón a H. Kohn; la forma política propia de la alemanidad, por no decir germanismo, no es el Estado, sino el Reich, o sea, una estructura que abarcase a toda Europa, imprecisa y vaga, pero, por lo mismo, ilimitada. Se comprende, así, que los tratados de paz concluidos por Alemania, no eran como los de cualquier país, sino verdaderas constituciones diplomáticas de Europa entera, como la de Westfalia; de la misma manera que la Confederación germánica de 1815, fué un elemento de la constitución europea resultante de la reorganización de todo el continente en el Congreso de Viena. Ello era inevitable habida cuenta

de la importancia que Alemania tiene por su extensión y situación geográfica y por el volumen demográfico.

Ahora bien, no puede desconocerse que esta permanencia en pleno siglo XIX de un universalismo de signo medieval, aportaba consigo una nota de inautenticidad. La realidad es que se trataba bien de una hegemonía de un Estado nacional sobre otros, bien de una mera artificiosidad.

Ateniéndose a la primera hipótesis ha nacido la idea, no sólo entre los franceses —Richelieu, Talleyrand— sino entre los propios alemanes —von Müller, W. von Humboldt— de que Europa no podía permitirse el lujo de un Reich de todos los alemanes, aun excluida Austria. En rigor sólo la habilidad diplomática de Bismarck permitió la compatibilidad, durante algunos años, entre esa gran Alemania y el equilibrio europeo.

Lo curioso es que la idea del Reich es sana —en el sentido moderado, limitada, no imperialista ni autócrata— en Austria, mientras que en Alemania perturba el equilibrio propio y el general. Hay, pues, que preguntarse el porqué, ¿por culpa de la dinastía, que no tenía las virtudes de las de los Habsburgo, del pueblo —unilateral, exclusivamente, germánico—, por falta de tradición en el ejercicio del Poder, por exceso de vitalidad y pujanza?

En todo caso, de lo que no cabe duda es que de la incapacidad de resolver armónicamente la pugna Berlín-Viena dependió el sesgo trágico que tomó la Historia europea hasta o hacia la guerra de 1914.

La culpa no la tuvieron, ciertamente, Metternich y Bismarck, quienes creían honestamente en la posibilidad y en la conveniencia de la coexistencia pacífica para el mayor bien común europeo.

Pero no cabe pensar que todo depende de las personalidades en la Historia. Lo cierto es que lo ocurrido en el ámbito de la gran familia germánica en la segunda mitad del siglo XIX, puede atribuirse a una desproporción entre la creciente pujanza prusiana y la decadente vitalidad austríaca. No sólo pericolitaba la dinastía, sino que los sucesores de Metternich no estaban a la altura de las circunstancias. La obcecación de Schwarzenberg en Olmuth condujo a la derrota de Sadowa.

Junto a la decadencia interna de los elementos dirigentes del Imperio austríaco hay que mencionar la obra disolvente que desde dentro y desde fuera desarrollaban las fuerzas nacionalistas.

EL DESENCADENAMIENTO DEL NACIONALISMO

Hay un momento histórico, al final de las guerras napoleónicas, en que las mejores cabezas europeas creen sinceramente que la formación de las naciones es una etapa necesaria en la gran dialéctica del Espíritu. Por añadidura, esta nueva estructura política deberá conseguir —y es lógico, pues quien puede lo más, puede lo menos— evitar a la vez el retorno al «Ancien Régime» y los escollos del desorden revolucionario o cesarista. Esta idea un tanto imprecisa, muy al gusto romántico, cuaja, como es natural, sobre todo en Alemania, ligando con la vieja idea del Reich y con la nueva de la Santa Alianza, para terminar siendo casi un monopolio del movimiento liberal y democrático.

Ahora bien, ¿en qué consiste el concepto? Pues muchas definiciones han sido dadas y ninguna es satisfactoria, como señala Walter Sulzbach en su obra de 1960, *Imperialismus und Nationalismus*. Las especulaciones teóricas han sido hasta ahora desmentidas por los hechos. Sulzbach propone una nueva definición, «una nación es un grupo de hombres que exige un Estado soberano propio», es decir, que nos reenvía, en definitiva, al concepto de Estado.

Veamos si nos puede ayudar el proceso histórico de su aparición. Como es sabido, se trata de una noción que aparece en el tránsito del XVIII al XIX en íntima conexión con el movimiento de reacción contra la Ilustración, y el proceso de democratización inspirado por la Revolución francesa. La nación se delimita por su situación entre dos conceptos: el de Patria, entendida como el pequeño círculo individual, y el extranjero, es decir, de repulsa de lo extraño, ajeno. La moderna conciencia nacional, sin embargo, no podría explicarse como una mera intensificación del sentimiento patriótico o del correspondiente sentimiento de enemistad hacia el extranjero, pues se trata de algo abstracto que no es innato al individuo, sino que le es enseñado.

Las teorías de explicación del fenómeno son, como decíamos, numerosas e insuficientes, cualquiera que sea el eje alrededor del cual giran: raza, geografía, el llamado carácter o idiosincracia nacional, lenguaje o intereses económicos comunes. Nada de esto valdría para explicar por qué España y Portugal, o Suecia y Noruega, tan similares entre sí, constituyen naciones diferentes. Lo cierto es que aquí, como en otros ejemplos que podrían citarse, no existen fronteras «naturales» ni idioma propio. En cuanto a este último hay que tener en cuenta que, como dice F. Lot, «la langue est un point d'arrivéé, non un point de départ pour l'ensemble d'un Etat moderne». En cuanto a los intereses económicos, lo cierto es que, por una parte, las fronteras suelen ser dis-

paratadas desde el punto de vista económico, mientras, por otra, las naciones suelen destruir vínculos económicos naturales.

Tampoco es válida la explicación por la tradición, pues se podría decir no que son las naciones las engendradas por la Tradición, sino a la inversa, ésta por aquéllas.

Hay, pues, que buscar un criterio más sólido y que, al propio tiempo, confirme la tesis general de este artículo. En este sentido el criterio que podríamos llamar político cumple dicho objetivo, ya que, según él, el nacionalismo se reduce a una activación de fuerzas irracionales que crea una solidaridad de tipo artificial. Es decir, que el rango de este nuevo elemento, que es el nacionalismo, no es superior, sino exactamente igual al de otras motivaciones políticas y, por tanto, no hay que dejarse impresionar por él.

Es cierto que en el nacionalismo sólo han creído unos pequeños grupos raciales, pues las grandes potencias sólo se han servido de él como instrumento para la intervención, y concretamente para la disolución del viejo Imperio austríaco. Los dirigentes de Viena supieron comprender este doble juego, y con su tradicional habilidad defendieron hasta el final sus posiciones. La legitimidad de semejante conducta no ofrecía dudas; lo mismo que la dinastía inglesa, o la francesa, o la española, habían llegado a forjar sus respectivos Estados, ¿por qué no podría hacerlo a su modo, es decir, supranacional, la dinastía habsburguesa? El único obstáculo —y de carácter artificial como acabamos de ver, en el sentido de creado por la política, también podría ser destruído por la política— era el de las nacionalidades.

Una etapa decisiva en el tratamiento de la cuestión por Viena fué, sin duda, la ley fundamental de 1867 de constitución del Imperio de Austria y del Reino de Hungría, como dos Monarquías constitucionales inseparables. A partir de entonces, las fuerzas dominantes fueron el núcleo propiamente alemán y el magiar, y la dificultad consistió, principalmente para la Monarquía, en conceder a los eslavos —ni entonces ni ahora maltratados o despreciados por Viena, pues, como hace muy pocos años señalaba Josef Schöner, «sie sind Keine Barbaren»— occidentales y meridionales una existencia nacional tan autónoma como se lo permitían aquellos dos focos de poder. En esta dialéctica extremadamente sutil, la dinastía disponía únicamente del prestigio de su nombre, de la tradición, de la experiencia política, de la aristocracia austríaca dominante en la Iglesia, en el ejército y en la burocracia, y también, y sobre todo, de la fidelidad, siquiera fuese más bien de tipo pasivo, de la inmensa mayoría de sus súbditos. Se ha reconocido, aunque tardíamente, en efecto, que lo cierto es que nadie deseaba verdaderamente la disolución del Imperio, tal como se comprobó durante la gran prueba de la guerra de 1914, en que solamente, y al final, desertaron algunos checos.

Solamente el hecho de tratarse de una guerra perdida hizo posible que los aliados decretasen la desmembración del Imperio. Al constituirse los nuevos Estados nacionales, sin embargo, todos ellos tuvieron problemas de minorías nacionales y, en cuanto a Rusia, salvo la aplicación del derecho de autodeterminación para los Estados bálticos, se permitió la continuación de un Imperio plurinacional mucho más despótico que lo había sido bajo los zares, y desde luego mucho más que el Imperio austríaco.

Los Habsburgo habían caído pero los problemas subsistían, y cuando se trataba de solucionarlos, lo cierto es que se miraba atrás hacia ellos, no por mera nostalgia, sino en busca de una solución verdaderamente constructiva. Así, como ejemplo de continuación de la línea conciliatoria, armonizante de la vieja dinastía, podemos citar el llamado «Austromarxismus», concebido por los socialistas austríacos, O. Bauer y K. Renner, es decir, un intento de conciliar la nacionalidad objetiva —impuesta al individuo— con la subjetiva —determinada por el individuo— mediante la concesión de autonomías nacionales en el seno de un Estado supranacional.

Como tantas otras veces éste es el caso de decir que solamente aquella simiente que muere puede dar frutos fecundos.

CONCLUSIONES

Hasta el final, pues, la secular dinastía cumplió con su misión, de acuerdo con lo que poéticamente ha expresado el vate nacional Grillparzer, al hacer decir al Emperador: «Yo soy el vínculo que mantiene unidos a los haces, infecundo, pero, sin embargo, necesario, porque liga.»

Ahora bien, a los haces de trigo cualquier cuerda o soga puede ligarlos, pero a los hombres sólo el afecto, el sentimiento puede mantenerlos unidos.

Si ese fenómeno primario de la vida política que es el Poder, no es una fuerza material, sino que alcanza un rango propiamente espiritual; si, en definitiva —tal como ha señalado el filósofo jesuíta Przywara—, el Poder es Amor, entonces no cabe duda que Austria ha sabido ejercer el verdadero Poder, con su famosa política matrimonial. Porque, en efecto, el verdadero Poder no consiste en otra cosa que atraer, sumar, aumentar, mientras que el Poder violento, despótico no hace sino repeler, restar, disminuir. Por eso la diplomacia austríaca, que es el paradigma de la europea, es fundamentalmente una diplomacia de encuentro, de coincidencia, de armonía, de respeto a los particularismos nacionales y a los contrastes internacionales.

¿Acaso existe contradicción por el hecho de que digamos que la diplo-

macia europea es fundamentalmente una diplomacia de un pluriverso político, de un sistema de Estados y, por otra parte, que la austríaca que ha estado —como hemos visto— identificada por la idea y la tradición del Reich, del viejo Imperio medieval es su paradigma?

Sinceramente creemos que no, según parece demostrarlo la evolución sufrida por el otro foco germánico de Poder, el prusiano. Ello demuestra que el Reich austríaco era el único visible en nuestros tiempos modernos; puede decirse que en su pluralismo interno —religión, raza, lengua— no hacía sino reflejar el pluralismo continental, como el microcosmo reproduce el macrocosmo. La experiencia demuestra que cualquier otro Reich, Imperio, conduciría fatalmente al nacionalismo y a la pretensión hegemónica, como en el caso de Napoleón o de Prusia. Tampoco el caso de Gran Bretaña es una excepción puesto que su respeto al equilibrio continental sólo era posible en la misma medida en que coetáneamente detentaba la hegemonía en el plano mundial.

* * *

Ahora bien, antes de terminar conviene llamar la atención sobre el hecho de la pervivencia —a que antes aludíamos— de las virtudes de la vieja dinastía en el Estado nacional de la actual República austríaca. Esta pervivencia justificaría una investigación acerca del problema de la identificación de dinastía y pueblo tantas veces mencionada. Pero ante este fenómeno eminentemente espiritual, más aún que psicólogo, de la interpretación de dos personalidades no tiene verdadera importancia el preguntarse quién influyó a quién, quién imitó a quién.

Lo mismo que en épocas anteriores la dinastía practicó con arte insuperable la razón de Imperio; ahora la joven República practica con no menos elegancia la razón de Estado, rectamente entendida como teoría de los intereses de los Estados, y perfectamente compatible con la idea de una comunidad internacional. En uno y otro caso se trataba, en verdad, de la razón de Europa...

Esta flexibilidad, esta capacidad de comprensión no le ha impedido, por otra parte, actuar con gran resolución cuando las circunstancias lo exigían y la operación de despegue de la órbita soviética hacia la del neutralismo de inspiración occidental, quedará, ciertamente, una obra maestra de la diplomacia moderna.

He aquí cómo al final de nuestra investigación, en la medida en que coincide con los límites modestos de este artículo, hemos llegado a confirmar

como verdadero lo que en la introducción clasificábamos cautelosamente de incierto, de utópico.

En definitiva, como todos los grandes y verdaderos mitos, como el mito griego, el de Austria, su leyenda áurea, ha resultado absolutamente real.

EMILIO GARRIGUES

R É S U M É

On en est arrivé à identifier la diplomatie classique avec la diplomatie autrichienne plutôt qu'avec la française. Sa diplomatie a rendu célèbre l'Autriche et l'auteur de cet article se réclamant du fait que la diplomatie est un instrument essentiel en politique internationale se propose de passer en revue ce que nous pourrions appeler le modèle de la diplomatie du XIX^{ème} siècle.

Il fait d'abord une étude des Habsbourg, dynastie européenne qui compose, avec les Bourbons, le "canévas" authentique de la structure européenne. Ses origines, sa politique et ses relations avec les Bourbons, les Hohenzollerns et les rois d'Espagne. Il nous décrit ensuite le domaine géographique et politique de l'Autriche et l'influence qu'il exerça dans le succès de la diplomatie autrichienne. Finalement il examine le concept lui-même de cette diplomatie. Pour autant qu'on la conçoit comme un équilibre entre divers Etats, l'Europe est un produit nettement diplomatique. Pour d'autres cultures, l'Empire a été leur expression politique, mais ce qui est spécifique en Europe c'est le système d'équilibre de forces, et c'est la diplomatie autrichienne qui représente cette conception en Europe. L'idéal constant de toutes les luttes que l'Autriche livra ce fut celui d'une Europe équilibrée. Et il convient de souligner la survivance des vertus de la vieille dynastie dans l'Etat national de la République autrichienne actuelle. Ce n'est dû qu'à sa souplesse. De même que, dans le passé, l'Autriche sut pratiquer avec art la raison d'Empire, elle pratique, à présent, avec non moins d'élégance la raison d'Etat qui n'est, en dernière analyse, que la raison de l'Europe.

S U M M A R Y

Classic diplomacy has almost come to be identified more with Austrian rather than French diplomacy. Austria is famous for her diplomacy and the author of this article considers that diplomacy is an essential instrument for

international politics, and reviews what we might call a model of diplomacy in the XIXth Century.

First of all he studies the Habsburgs, that European Dynasty which, together with the Bourbons, composes the authentic "skeleton" of the European structure. He studies their origins, their history, their politics and their relations with the Bourbons, the Hohenzollern and the Kings of Spain. He then goes on to show us the geographic and political contour of Austria and the influence that this had in the successful career of Austrian diplomacy. And lastly, the concept of this diplomacy itself. Europe is a purely diplomatic product inasmuch as it is conceived as the system of balancing forces, and Austrian diplomacy is representative of this conception of Europe. The constant ideal of all the struggles fought by Austrian diplomacy was that of a well-balanced Europe. One should note the everlasting survival of the virtues of the old dynasty in the National State of the present Austrian Republic. This is mainly due to its flexibility. As in former times it artfully practiced the role of Empire, it now practices in no less a degree of elegance the role of State, which is, in short, the role of Europe.